

· CAPITÁN NEMO ·

LAS AVENTURAS DEL JOVEN JULES VERNE

VIAJE AL ABISMO



DESTINO

· CAPITÁN NEMO ·

LAS AVENTURAS DEL JOVEN
JULES VERNE

VIAJE AL ABISMO

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2015
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta S. A.

Un proyecto de Cuca Canals

© del texto: Miguel García, 2015
© de las ilustraciones de cubierta: Álex Ferreiro, 2015
© de las ilustraciones de los inventos en interior: Paco Porres, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: noviembre de 2015
ISBN: 978-84-08-14745-9
Depósito legal: B. 24.612-2015
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. Para más información contactar a Atlantyca S.p.A. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

SOLO, ABURRIDO. LAS PAREDES NOS HABLARÁN



Huan se aburría como una ostra. Estaba tumbado boca arriba en la trastienda del negocio de su padre, sobre los sacos del rincón, con los brazos cruzados bajo la cabeza y la mirada perdida en el techo.

No hacía nada, solo pensar. Y para él, pensar no era hacer algo, sino perder el tiempo de la manera más aburrida. Ni siquiera estaba aprovechando aquel rato

para echarse una siestecita; solo un año antes se habría quedado dormido nada más tumbarse allí, solo y medio a oscuras.

Pensaba que jamás se había aburrido tanto en su vida desde que conocía a Jules, a Marie y a Caroline, y juntos habían creado el club Los aventureros del siglo XXI.

En realidad, antes de formar aquel club con sus amigos, nunca, absolutamente nunca, se había aburrido. Que él recordara, siempre había tenido algo que hacer, desde que era muy pequeño. Y siempre allí dentro, en la tienda del señor Shian, porque hasta entonces no había tenido verdaderos amigos.

Pero la tienda de su padre había sido como un paraíso para el pequeño Huan. Era un enorme almacén alargado que ocupaba toda la parte baja de un viejo edificio del centro de la ciudad, con un portón doble más propio de una cochera de carruajes que de una tienda. De techo altísimo y suelo de tablas sobre tierra apisonada, con estantes por todas partes, pegados a las paredes o en hileras de metros y metros de longitud, la tienda había sido escenario de los primeros pasos y las primeras caídas de Huan. A los pocos años, muchas veces se había extraviado y había llorado para que su madre fuera a



buscarlo. Luego ya no se extraviaba, sino que jugaba al escondite con sus padres, que oían una voz pidiendo socorro y corrían por todo el almacén como si su travieso y escurridizo hijo necesitara ayuda.

Los señores Shian creyeron haber encontrado descanso cuando Huan descubrió que los objetos a la venta servían también para jugar y se entretenía con ellos. Pero para el niño, los juegos más divertidos parecían ser cambiarlos de lugar y romperlos.

—Se me ha caído.

Siempre se le habían caído, nunca los había tirado ni había jugado de forma que los pusiera en peligro. Su padre había tenido que cortar sus juegos; estaba harto de recoger trozos de figuras con la escoba, recomponer herramientas, enrollar de nuevo telas y paños, reordenar los estantes y reponer existencias.

—Se acabó el estar todo el día revolviendo la tienda y rompiéndolo todo; a partir de mañana nos ayudarás a tu madre y a mí. Así aprenderás.

Solo tenía seis años cuando le había dicho aquello, y desde entonces ayudaba a sus padres, primero colocando artículos exactamente donde le decían y como le decían, después también despachando. Por supuesto,

había seguido haciendo trastadas, pero por lo general sin consecuencias, pues tenía más cuidado.

Y enseguida habían llegado los estudios, primero en una escuela al lado de su casa y después en La Bonne Tradition, ese colegio tan estricto dirigido por el canalla de Mathieu. ¿Por qué habrían tenido sus padres la idea de matricularlo allí? O quizá no había sido idea suya, sino que alguien los había convencido. Sabiendo lo que ya sabía del director y sus secuaces, no creía que nada sucediera por casualidad, sino de acuerdo con algún plan trazado por la siniestra organización a la que Mathieu pertenecía.

Pero si no hubiera estudiado en La Bonne Tradition, no habría conocido a sus amigos. ¡Y sus amigos eran los culpables de que se aburriera esa tarde! Porque cuando no estaba con ellos, no le apetecía hacer nada. Echaba de menos sus conversaciones, sus proyectos, sus bromas, y pese al miedo que había pasado en ellos, ¡echaba de menos sobre todo las aventuras a las que los habían llevado la curiosidad de Jules y la intrepidez de las chicas!

En ese momento, su madre entró en la trastienda y se sorprendió al verlo tumbado sin hacer nada, cosa rara en él. Y también era raro que no estuviera durmiendo.

—¿Te encuentras bien, hijo?

—Sí, muy bien.

—Te aburres.

—No. Solo estaba pensando.

Aquello no tranquilizó a su madre. Nunca había visto a Huan solamente pensando. Pero quizá es que estuviera haciéndose mayor.

—¿Hoy no vienen tus amigos? ¿Te traigo a ti la merienda?

—Espera, que a lo mejor llega Jules...

Su madre salió sin decir nada más con cara preocupada. Huan siguió pensando. Y llegó a la conclusión de que quizá no le había mentado a su madre y no se había aburrido en el rato que llevaba tumbado sobre los sacos. Había repasado su vida hasta donde alcanzaba su memoria y después le habían venido a la cabeza algunas de las peripecias vividas con sus amigos.

No se atrevía a confesárselo, pero estaba deseando que Jules propusiera indagar algo o que un hecho fortuito los llevara lejos, a islas desconocidas, a costas tenebrosas azotadas por el mar, ¡a cavernas inexploradas si hacía falta!

Pero no parecía que fuera a ser aquella tarde cuando

comenzara ninguna aventura. Marie y Caroline no irían a la tienda, era uno de esos días en que las chicas se quedaban en el colegio una o dos horas más para recibir enseñanzas que, según decía el director, «harían de ellas unas perfectas señoritas y buenas amas de casa». Se imaginó lo enfadadas que estarían sus amigas en ese preciso instante. Aquellas clases las sacaban de quicio, y ambas se habían rebelado más de una vez, con el único resultado de recibir reprimendas y castigos.

Jules le había dicho que él sí iría, pero tenía que pasar por su casa antes para recoger algo. Tardaba mucho, demasiado.

Su amigo llevaba unos días muy misterioso. Le pedía continuamente cosas de la tienda, lo mismo que hacía cuando quería construir uno de sus inventos. Pero cuando le había preguntado qué estaba construyendo y por qué no lo hacían juntos, como solían, no le contestaba o le decía que solo estaba arreglando muebles de su cuarto. Eso sí que era mentira, una mentira bien gorda. Si al final iba, le sonsacaría hasta que le contara de una vez por todas qué tenía entre manos. ¿Eran amigos sí o no?

—Ahora sí que me aburro.



Jules entró por el portón del almacén como un torbellino y saludando casi a gritos a los padres de Huan. Este, que se había dormido, se despertó sobresaltado.

—¡Lo he terminado! —exclamó Jules al entrar en la trastienda.

—¿Que has terminado el qué?

—Mi último invento.

—¿Ese que decías que no estabas construyendo? —le preguntó Huan con toda intención.

—Ese mismo —respondió Jules sin hacer caso del reproche de su amigo—. Mira.

Abrió la bolsa que llevaba y sacó un montón de papeles de periódico con los que había envuelto algo. Los fue retirando con cuidado hasta dejar a la vista un artilugio semejante a unos cuernos acabados en trompetillas.

—¿Qué te parece?

—Si no me dices qué es, no me parece nada.

—Pero si está muy claro. Son unas orejas artificiales que potencian la capacidad auditiva —le explicó Jules.

—¿Te estás quedando sordo?

—¿Yo? ¡No!

—Entonces es para los ancianos del asilo, ¿verdad? Sí, a algunos les vendrán muy bien.

—No lo había pensado.

—¿Para qué habías pensado utilizarlas, si no? —quiso saber Huan, que empezaba a estar realmente intrigado.

—Verás, si se pegan a una pared, se puede oír lo que están diciendo en la habitación de al lado. ¿Las probamos?

—¡Vale!

Acordaron que Huan saldría de la trastienda y se colocaría detrás de la pared que quedaba a la derecha de la puerta, pero sin acercarse mucho. Jules pegaría una oreja artificial a esa misma pared por dentro. Huan tendría que hablar todo el rato.

—¿Y qué digo?

—¡Qué más da, lo primero que se te ocurra! Cuando yo dé un golpe, empieza a hablar, pero muy bajito. Si no oigo nada, daré un par de golpes en la pared para que subas la voz. Si sigo sin oír, daré dos golpes más, y así sucesivamente. Cuando dé tres golpes, es que voy a cambiar de oreja y lo repetimos todo, así compruebo que las dos funcionan bien. ¡Vamos!

Huan salió y se puso a un par de metros de la puerta cerrada y a más de un metro de la pared. Echó un vistazo a su alrededor, y cuando oyó el golpe de Jules, fue enumerando los artículos de la tienda que veía en

voz muy muy baja. Sonaron dos golpes y la subió un poco. Pero los siguientes golpes que oyó fueron los que indicaban que Jules iba a cambiar de oreja. Empezó a repetir en un susurro los nombres de los artículos tras oír un único golpe.

—¿Qué haces, Huan?

Su madre había llegado sin hacer ruido con la bandeja de la merienda y ahora lo miraba bastante desconcertada. Primero se lo había encontrado tumbado, ensimismado, y ahora lo veía hablando solo y sin hacerle compañía a su amigo, que se estaría preguntando, como ella, por qué Huan se comportaba de una manera tan rara.

—Nada, es que estamos... —trató de explicarle Huan a su madre, pero no supo qué decir—. ¡Ah, qué bien, la merienda!

Abrió la puerta y entró primero para hacerle algún gesto a Jules avisándolo de la presencia de su madre, pero su amigo estaba ya sentado cómodamente sin las orejas aquellas en la cabeza.

—Gracias, señora Shian —dijo Jules con una sonrisa.

—Que os aproveche, chicos.

Huan esperó a que su madre hubiera salido y luego exclamó:

—¡Ahora tendremos que repetir la prueba con la segunda oreja!

—No, he oído perfectamente a tu madre cuando te preguntaba qué hacías. ¡Funcionan, las dos!

—¡Déjamelas!

Jules sacó las orejas artificiales de detrás de una caja, donde las había ocultado, y se las pasó a Huan, que se las colocó como había visto hacer a su amigo.

—Di algo.

—Qué buenas están las galletas que prepara tu madre.

—¡No chilles!

—No chillo, es que el aparato amplifica mi voz.

Huan se quitó las orejas y las miró con admiración.

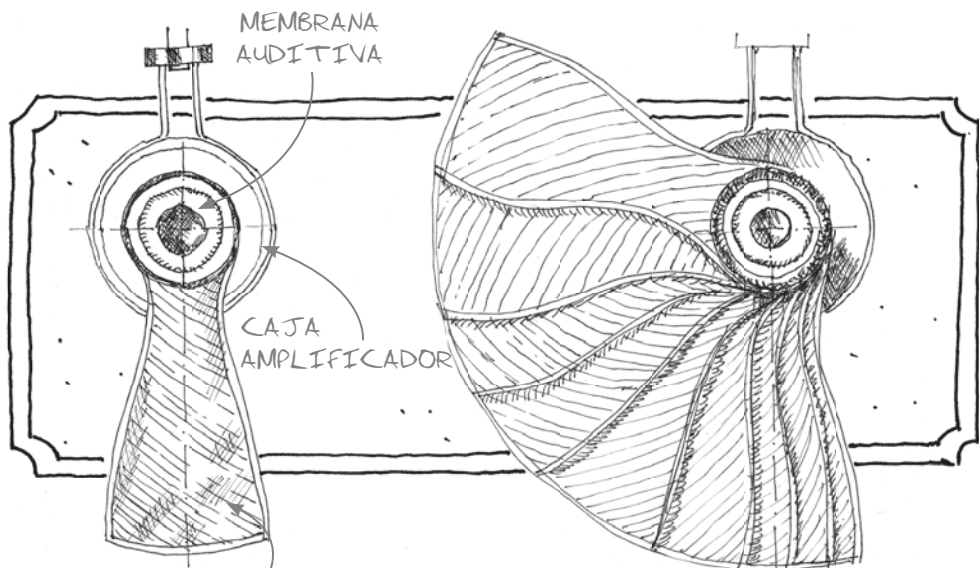
—Son ideales para espiar —dijo—. ¿A quién quieres espiar, Jules?

—No sé. A mis padres quizá, para saber lo que dicen de mí en el salón. O a los profesores cuando se reúnen. Y a Mathieu. Eso, seguro.

—También podríamos espiar a las chicas del colegio; siempre van en grupo a los lavabos y no paran de hablar y de reírse. Seguro que hablan de los chicos.

—¡Sabía que dirías eso! —afirmó Jules.

OREJAS ARTIFICIALES



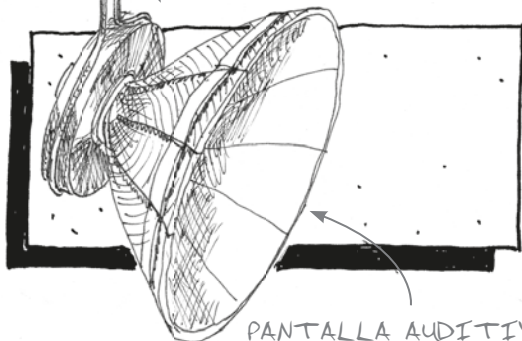
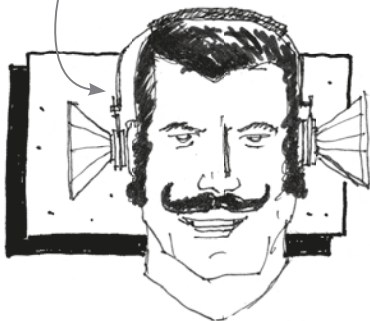
PANTALLA PLEGADA Y CERRADA

DESPLEGANDO PANTALLA

SOPORTE AJUSTABLE A LA CABEZA

SUBE Y BAJA AJUSTAR A OREJA

COLOCADO EN LA CABEZA



PANTALLA AUDITIVA DESPLEGADA

—¡Eso es porque tú también lo has pensado! ¡Has inventado estas orejas para espiar a...!

—¿A quién?!

—A nadie... —dijo Huan, que no quería seguir discutiendo.

Entonces oyeron una voz conocida afuera, y segundos después entró Caroline en la habitación. Jules guardó a toda prisa las orejas artificiales en la bolsa y la escondió en el sitio que le indicó Huan. Y ambos se pusieron colorados.

—Hola, chicos. Hoy no nos esperabais, ¿eh?

—No... —acertó a contestar Jules.

Detrás de Caroline entró Marie, que ni los saludó. Paseó nerviosamente por la trastienda, le dio una patada a una caja y soltó un quejido, porque se había hecho daño. Luego se tiró sobre los sacos boca abajo y empezó a darles puñetazos de rabia.

—¿Y a esta qué le pasa?! —se alarmó Huan.